

DOMINIC SMITH

LA ÚLTIMA
PINTURA DE
SARA
DE
VOS

Traducción:

Isabel Ferrer y Carlos Milla



MAEVA

Estimado lector,

A una novela le pedimos que nos conquiste, que nos convenza de que el tiempo que vamos a pasar sumergidos en sus páginas va a valer la pena. *La última pintura de Sara de Vos*, de Dominic Smith, cumple con creces su parte de ese pacto.

La historia nos traslada al Ámsterdam del siglo xvii, en pleno Siglo de Oro de la pintura holandesa; a la lujosa casa de Manhattan en la que vive Marty de Groot en la década de 1950, y al modesto apartamento de Ellie Shipley, una chica brillante que intenta abrirse paso en el mundo del arte. A medida que avanzamos en la lectura, nos preguntamos qué une el destino de estos tres personajes separados por tres siglos. La respuesta la tiene un cuadro, *En el linde de un bosque*.

El universo que construye Dominic Smith está habitado por seres tan misteriosos como reales. La pasión que él siente por el arte logra fascinarnos y transmitir los enigmas que encierra ese cuadro a lo largo de generaciones. También se pregunta qué fue de las mujeres que pertenecieron a la misma escuela que Rembrandt o Vermeer y cuyas obras nos han llegado casi de milagro. Sara de Vos es un personaje de ficción, pero está inspirado en dos pintoras, Judith Leyster y Sara van Baalbergen, dos de las veinticinco mujeres que en el siglo xvii lograron encontrar su lugar en el gremio de los pintores de la época, donde muchas de ellas pintaron cuadros que luego se atribuyeron a los hombres.

La última pintura de Sara de Vos enlaza de un modo magistral las vidas de los tres protagonistas –Sara, Marty y Ellie–, y nos muestra hasta qué punto el azar, nuestras decisiones y sus imprevisibles consecuencias conspiran para dar forma al destino.

Y todo ello gracias a un cuadro que narra la más triste vivencia de su autora, y que transmite el mismo asombro, la misma mirada que permanece inalterable desde el siglo xvii al xxi, cuando, al final de la novela, pasado y presente confluyen de manera irremediable. Por todo esto merece ser nuestro LIBRO del AÑO.

Te animamos a que comiences a leerlo y descubrirás qué esconde el misterioso cuadro de Sara de Vos.

La editora

*Para Tamara Smith, parlamentaria:
querida hermana, leal amiga, pionera*

Nota del autor

En el siglo xvii, la Guilda de San Lucas de los Países Bajos controlaba todos los aspectos de la vida artística profesional, incluso detalles como quién estaba autorizado a firmar y datar las pinturas. Entre los miembros de la guilda había pintores de la talla de Rembrandt, Vermeer, Frans Hals y Jan van Goyen. Según los archivos históricos, en el siglo xvii hasta veinticinco mujeres fueron miembros de la guilda. Pero solo unas pocas de esas artistas realizaron obras que aún se conservan o que se les han atribuido correctamente. Durante más de un siglo, la autoría de las pinturas de Judith Leyster se asignó a Frans Hals.

Una de esas lagunas en los registros históricos atañe a Sarah van Baalbergen, la primera mujer admitida en la Guilda de San Lucas de Haarlem. Accedió en 1631, dos años antes que Judith Leyster. No se conserva ninguna obra de Van Baalbergen.

Aunque esto es una obra de ficción, la novela utiliza esos vacíos históricos como trampolín a la invención. Para favorecer la narración combina detalles biográficos de diversas mujeres del Siglo de Oro holandés.

En el linde de un bosque (1636)

Óleo sobre lienzo

75 x 60 cm

Sara de Vos

Escuela Holandesa, 1607-16??

Escena invernal en el crepúsculo. La niña, de pie en primer plano junto a un abedul. Con una mano pálida apoyada en la corteza del árbol contempla a los patinadores que se deslizan por el río helado. Son cinco o seis, bien abrigados para protegerse del frío, manchas de ropa marrón y amarilla flotando sobre el hielo. Un perro pinto trota junto a un niño a la par que este traza una amplia curva. Con un mitón en alto, hace señas a la niña, a nosotros. Río arriba, en la orilla, una aldea adormilada, envuelta en el humo y el resplandor de las hogueras, se recorta contra la bóveda de un cielo de color peltre. Una única cascada de luz solar en el horizonte, una pradera vivamente iluminada bajo una hendidura entre las nubes, y de pronto se nos revelan los pies de la niña descalzos en la nieve. Un cuervo –pintado a pluma en violeta, con una leve iridiscencia– grazna desde una rama junto a ella. En una mano, entre los dedos esbeltos, la niña sostiene una cinta negra deshilachada, y el dobladillo del vestido, visible bajo un largo mantón gris, está roto. El rostro de la niña se ve casi de perfil, su cabello oscuro suelto sobre los hombros y enmarañado. Mantiene la mirada fija en un punto lejano, pero ¿qué la inmoviliza? ¿El miedo o el extraño halo del crepúsculo invernal? Parece no poder, o no querer, tender la mano hacia la orilla del río helado. Las huellas de sus pies retroceden en la nieve, hacia el bosque, más allá del marco. De algún modo ha entrado en la escena desde el exterior de la pintura, se ha abierto paso afanosamente hasta el lienzo desde nuestro mundo, no desde el suyo.



Primera parte

Upper East Side

Noviembre de 1957

El lienzo fue robado la misma semana que los rusos mandaron una perra al espacio. Lo arrancaron de la pared de encima del cabecero del lecho conyugal durante una cena benéfica para recaudar fondos destinados a los huérfanos. Así contará este suceso Marty de Groot en los años venideros, así se lo presentará a los socios del bufete, y así lo narrará, con un sesgo cómico, en las cenas y ante una copa en el Club de Tenis. Allí nos encontramos nosotros, untando gambas con salsa rosa, servido todo en la mejor vajilla de porcelana de Rachel, fuera, en la terraza, porque hace un tiempo agradable a pesar de estar a primeros de noviembre, y entretanto dos hampones –intermediarios disfrazados de camareros de *catering*, por decir algo– sustituyen el cuadro auténtico por una meticulosa falsificación. Este último apelativo, «meticulosa falsificación», será motivo de especial orgullo. Lo esgrimirá ante amigos y agentes de seguros y ante el investigador privado, porque sube el ritmo de la acción narrativa, induce a pensar que un prodigio o una mente privilegiada ha estado urdiendo pacientemente su plan contra él, del mismo modo que los rusos llevan tantos años conspirando para colonizar la estratosfera. Ese apelativo contribuirá a ocultar el hecho de que Marty tardó meses en advertir la presencia de la hermosa falsificación.

Lo que omitirá al contar el relato ante la mayoría de la gente es que *En el linde de un bosque* pertenece a su familia

desde hace más de tres siglos, legado a él por su padre en el lecho de muerte. No mencionará que es la única pintura que se conserva de Sara de Vos, la primera mujer admitida, en 1631, con el rango de maestro en la Guilda de San Lucas en Holanda. ¿Y a quién podía contar que le gustaba mirar el rostro pálido y enigmático de la niña mientras, lenta y contemplativamente, hacía el amor a su melancólica esposa en los años posteriores a su segundo aborto? No, todo eso se lo guardará para sí mismo, como una fe íntima en un dios voluble. Es agnóstico pero proclive a arranques de superstición descabellada, un rasgo de personalidad que procura disimular. Llegará a sospechar que la desaparición de ese cuadro ha sido la causa de que Rachel haya superado una larga depresión y la razón de que su bufete por fin lo haya nombrado socio. O que el condenado cuadro explica trescientos años de gota, reumatismo, insuficiencia cardíaca, esterilidad intermitente y derrames cerebrales en su linaje. Allí donde ha estado colgado ese cuadro —en Londres, Ámsterdam o Nueva York—, ninguno de los anteriores propietarios, comprende por fin Marty, pasó de los sesenta años.

El servicio de alquiler de *beatniks* es a lo que recurre Rachel para tratar de animarse. Con sensación de aburrimiento ante la perspectiva de estar en compañía de abogados especialistas en patentes ligeramente ebrios, con camisas de puño vuelto, cuya conversación gira en torno a sus propiedades y las excursiones en velero en Nantucket, se acordó de un anuncio que había recortado de una revista de antiguos alumnos y fue a buscarlo a su caja de recetas: «Dele sazón a su fiesta en Tuxedo Park... alquile un *beatnik*. Con todo el equipamiento: barba, gafas de sol, vieja casaca militar, Levi's, camisa raída, zapatillas o sandalias (opcional). Se hacen descuentos por prescindir de la barba, calzado o corte de pelo. Disponemos también de *beatniks* en versión femenina».

Si año tras año pretendía recaudar dinero para los huérfanos de la ciudad —esa idea incluso a ella se le antojaba propia de una novela de Dickens—, ¿por qué no abrir las puertas a la ciudad, traer algo de polvo y color del Lower East Side y el Village? Cuando telefoneó al número facilitado en el anuncio, contestó una mujer de voz gangosa, que al parecer leía de un texto. Por una tarifa fija de doscientos cincuenta dólares, la mujer prometió sin inflexiones que dos artistas, dos poetas y dos intelectuales se presentarían a la hora acordada. Rachel se imaginó un sótano en Queens donde divorciados con auriculares esperaban sentados como violetas africanas bajo luces fluorescentes; a actores en paro que llegaban de Hoboken en busca de la casa con su dirección anotada en un librito de cerillas. La mujer preguntó: «¿Cuántos *beatniks* desea, señora?» y «¿Prefiere que las mujeres lleven mantones mexicanos o chaquetas bolero?». Acabada la conversación telefónica, Rachel había elegido el vestuario completo de los *beatniks*, que incluía zapatillas de ballet, boinas, gafas de sol y pendientes de plata. De eso hace semanas, y ahora —el día del acontecimiento— se pregunta si la idea en su conjunto no es de mal gusto. Una perra rusa traza la órbita del planeta, y ella teme que su intrascendente broma se considere frívola y poco patriótica. Cavila al respecto toda la mañana, incapaz de decir a Marty que una *troupe* de bohemios llegará a las nueve en punto, durante los cócteles de sobremesa.

También Marty, por su cuenta, ha previsto cierto entretenimiento, una pequeña exhibición para sus invitados y colegas. Se lo calla mientras Rachel trajina entre los camareros del servicio de *catering*. A las cinco de la tarde, las tres plantas del ático de ese edificio construido antes de la guerra huelen a azucena y pan, y el aroma despierta sus sentidos de una sacudida. De pie junto a la puerta balconera de la última planta, donde no estorba, contempla las salas bruñidas por la luz vespertina. Se

percibe una fugaz sensación de nostalgia y satisfacción a medida que la penumbra se derrama por el espacio interior. Todo parece inverosímilmente sólido y real a esa hora del día y en esa época del año, imbuidos los objetos de trascendencia. En su niñez, esa estancia siempre le pareció remota, como la sala de un museo. Los retratos holandeses del siglo XVII, con sus sombríos revestimientos de madera en segundo plano, le resultaban opresivos; las cajas orientales lacadas le parecían austeras y distantes. En cambio, ahora que todo esto es de su propiedad, le reconforta contemplarlo en esta hora previa al momento de encender la primera lámpara. Una vida contenida, desgranada en objetos. Cuando cierra los ojos percibe el aroma del aceite de linaza de las marinas o de las alfombras de oración turcas que huelen a algo parecido al heno caliente. Se sirve dos dedos de whisky de malta solo y se acomoda en el sillón de cuero danés: su butaca de Hamlet, así lo llama Rachel. *Carraway*, el beagle de diez años, se acerca al trote por el pasillo y lo atraviesa correteando por el suelo de parqué, acompañado del tintineo de su chapa metálica. Marty baja una mano y permite al perro lamerle las yemas de los dedos. Y es entonces cuando ve a Rachel, a través del umbral de la alargada cocina, desplazándose entre los camareros del servicio de *catering* con sus almidonados delantales blancos. Con la cabeza gacha, toqueteándose ociosamente el collar de perlas con una mano, conversa con tal diplomacia que aquello de lo que están hablando podría ser un asunto de seguridad nacional, y no el arroz pilaf y el salmón salvaje. Se le ocurre que ella siempre da lo mejor de sí cuando está sumida en los preparativos, ya sean de un viaje, de una cena o de una fiesta. Últimamente es muy visible esa discreta fatiga que los dos prefieren pasar por alto. Rachel se halla en todo momento al borde de un entrecortado suspiro, y cada vez que entra en una habitación parece que antes ha tenido que hacer un alto en el pasillo para recomponerse, como un actor que se dispone a salir al escenario. En ocasiones, cuando él llega a casa tarde de la oficina, la encuentra dormida en el salón

con todas las luces apagadas y con *Carraway* hecho un ovillo a su lado. O encuentra copas de vino vacías por toda la casa, en la biblioteca o junto a la cama, y novelas rusas metidas entre los cojines o abandonadas en la terraza para que se destiñan y se ajen a la intemperie.

Ella advierte su mirada y se dirige hacia él. Sonriéndole, Marty acaricia detrás de las orejas a *Carraway*. Da la impresión, piensa, de que en los últimos cinco años su mujer ha envejecido veinte. Él cumplió cuarenta en primavera, lo que da la puntilla a su estancada trayectoria profesional y la incapacidad de la pareja para traer hijos al mundo. Tiene la sensación de que lo ha empezado todo tarde: los estudios de derecho, la carrera profesional, las primeras tentativas de formar familia. La riqueza heredada lo ha rezagado y ha detenido su vida hasta pasados los treinta años. Siete años, poco más o menos, era el tiempo de espera habitual para un aspirante a socio en el bufete, y él está ahora en su séptimo año. Lo ve en la mirada de Rachel cuando se acerca: «¿Por qué esperamos tanto tiempo?». Ella es ocho años menor que él, pero no tiene tanto aguante. Sin ser frágil, sí es cauta y se la hiera con facilidad. Durante un instante de suspense, Marty piensa que Rachel se aproxima para darle un sobrio beso de esposa, uno de esos gestos ensayados que de vez en cuando ella extrae de los pliegues de su depresión. En lugar de eso, le dice que procure evitar ensuciarse el pantalón con pelos del perro. Pasa tan cerca que él percibe el olor a borgoña en su aliento, y de pronto se pregunta qué pensarán de ella los camareros; acto seguido se desprecia a sí mismo por el hecho de que eso le preocupe. La observa mientras recorre el pasillo hacia el dormitorio y desaparece. Se queda ahí sentado hasta que la estancia absorbe la oscuridad. Al cabo de un rato, se levanta y va de habitación en habitación encendiendo las luces.

Poco antes de las siete, Hart Hanover, el portero del edificio, llama para anunciar a los De Groot que Clay y Celia Thomas,

los primeros invitados en llegar, se disponen a subir. Marty le da las gracias y se acuerda de preguntarle por su madre, una mujer que muere calladamente de cáncer en Queens. «Sobrellevándolo, señor De Groot, gracias por su interés.» Hart es el portero en la esquina de la calle Ochenta Este con la Quinta Avenida desde antes de que el padre de Marty comprara el ático a finales de los años veinte. En el estrecho edificio de catorce plantas hay solo seis apartamentos, y todos los vecinos tratan a Hart como si fuera un bondadoso tío que atraviesa tiempos difíciles. Marty le dice que le enviará una bandeja con algo para cenar del servicio de *catering* y cuelga. Rachel y él bajan a la planta inferior por la escalera y esperan el ascensor. El socio gerente del bufete y su mujer siempre son los primeros en llegar y los primeros en irse, los dos ya sesentones, una pareja que en verano organiza cenas que terminan cuando aún es de día.

Las puertas del ascensor se abren, y los Thomas salen al vestíbulo con suelo de mármol negro. Rachel siempre insiste en recoger los abrigos y los sombreros personalmente, y hay algo en este ritual, esta falsa exhibición de humildad doméstica, que irrita a Marty. La criada, Hester, debe de estar en su habitación viendo la televisión, dado que Rachel, en un alarde de generosidad, le ha concedido casi toda la noche libre. Marty, inmóvil, contempla a su mujer mientras ella coge el abrigo de pelo de camello de su jefe –hace demasiado calor para un abrigo así– y el chal de cachemira de Celia. Marty recuerda lo incómodo que se ve siempre a Clay en los primeros momentos después de su llegada a su casa. Clay ha sido tallado a partir de una estirpe de devotos miembros de la élite de Nueva Inglaterra como un bloque de pizarra azul; desciende de clérigos, intelectuales y un mundo de callados privilegios. Parece envidiar en silencio la riqueza heredada de Marty, aprieta un poco la mandíbula, casi como si percibiera sabor a hierro en la boca, cada vez que va de visita. Marty sospecha que esa es la razón por la que todavía no lo han nombrado socio: su tríplex con despejadas vistas al

Metropolitan y a Central Park ofende el sentido de contención aristocrática de su jefe.

Clay hunde las manos en el pantalón del esmoquin y se echa hacia delante sobre las puntas de los pies, con su rostro rebo-sante de buen talante forzado. Mira a Marty como si este fuese un hombre que hubiera estado cortando leña al aire libre vestido de etiqueta, vigorizado por un momento de tonificante contacto con los elementos.

–¿Has añadido una planta nueva a tu piso, Marty? –le pregunta–. ¡Juraría que cada vez que vengo es más grande!

Marty deja escapar una risita pero se resiste a contestar. Estrecha la mano a Clay –gesto que nunca haría en la oficina– y da un beso a Celia en la mejilla. Detrás de los invitados ve a Rachel, medio sumida en las sombras del guardarropa, deslizar la mano por la tela afelpada del chal de Celia. Sería capaz de entrar en ese guardarropa y no volver a salir nunca más, piensa Marty.

–Se ha empeñado en que viniéramos a pie hasta aquí por la acera contigua al parque –dice Celia.

–Vayamos arriba a por una copa –propone Rachel, y los guía hacia la escalera.

Clay se quita las gruesas gafas y limpia las lentes con un pañuelo. A la luz de la lámpara del pasillo, Marty advierte un enco-nado verdugón rojo en el caballete de la nariz de Clay y se imagina a un párroco rural a punto de pronunciar un sermón enardecido.

–He pensado que, si vamos a financiar a los huérfanos, debíamos venir caminando. Además, hace una noche magnífica. Ya volveremos en taxi, cariño, descuida. Te lo advierto, Marty, después de semejante paseo, estoy famélico. Dispuesto a comer como un vikingo.

–Tienes suerte –responde Marty–. Rachel ha contratado a todos los servicios de *catering* del estado.

Llegan a la planta decimocuarta y recorren el pasillo hacia la terraza, dejando atrás las puertas cerradas de los dormitorios.

Marty ha heredado esa rareza de su difunto padre, un banquero holandés con marcada predilección por la separación entre el espacio público y el privado. Marty incluso tiene sus libros preferidos en el dormitorio, y no en la biblioteca, porque los considera una especie de confesión. Cuando pasan por delante de la cocina y acceden al gran salón, Marty oye el cuarteto de cuerda que empieza a tocar fuera, y por encima del antepecho de la terraza ve los bloques de apartamentos del otro lado del parque, iluminados como transatlánticos, moteando la oscuridad por encima de las copas de los árboles. Oye un levísimo suspiro escapar de la boca de Celia, sabe que es el sonido de la envidia. Piensa en la sobria casa de piedra de los Thomas con sus ventanas estrechas y el olor a yeso de una rectoría. Clay se aclara la garganta a la vez que examinan las mesas para el banquete dispuestas en la terraza, los entremeses ya servidos y la pirámide reluciente de hielo y gambas.

Celia traga saliva y dice:

–Como de costumbre, todo tiene un aspecto maravilloso, Rachel.

–No he hecho más que unas cuantas llamadas.

–De eso nada –interviene Marty–. Esto viene siendo como planear el desembarco de Normandía desde hace semanas. El caso es que hemos pensado sacar provecho al buen tiempo. Podéis elegir entre fuera o dentro con toda libertad.

–Llévame hasta un gimlet y un puñado de cacahuetes –dice Clay.

Marty oye el tintineo de la calderilla en el bolsillo de Clay y se lo imagina de pie ante un austero escritorio o secreter, agitando monedas de diez y veinticinco centavos en el pantalón del esmoquin. Está seguro de que lleva una navaja en uno de los bolsillos. Dice:

–Lo siento, Clay. Tendrás que conformarte con brie y gambas.

Extiende un brazo, señalando la terraza. Suena el timbre y Rachel se echa a correr por el pasillo antes de que Marty pueda detenerla.

A doscientos dólares el cubierto, la cena de la Sociedad de Asistencia atrae, poco más o menos, a las mismas sesenta personas cada año: abogados, cirujanos, gerentes, esposas filántropas, un diplomático jubilado de la zona alta. Siempre hay que vestir de etiqueta, y los asientos se asignan mediante pequeñas tarjetas, con los nombres escritos a mano, distribuidas en diez mesas redondas. Una vez al año, Rachel telefonea a un artista japonés de Chelsea y le da su lista de invitados. Al cabo de tres días llegan las tarjetas en un sobre de papel de arroz. Marty sigue un método para la asignación de asientos, un truco aprendido de un amigo que organiza las subastas de arte de Sotheby's en Europa. Coloca a los comensales más acaudalados a corta distancia de la silenciosa mesa de la subasta y pide a los camareros que les rellenen las copas de vino cada quince minutos. Gracias a esta estrategia, estas cenas al servicio de la Sociedad de Asistencia han sido las que más beneficios han generado a lo largo de una década. Obtiene pujas exorbitantemente infladas por cruceros en el Caribe, entradas para la ópera, estilográficas y suscripciones a la revista *Yachting*. Marty calculó en su día que Lance Corbin, un cirujano traumatólogo que ni siquiera tenía yate, pagaba ciento veinte dólares por cada número mensual de esta publicación marítima.

Las mesas, dispuestas en el gran salón con vistas a la terraza, están decoradas con azucenas y una cubertería antigua de plata. Como hace tan buen tiempo, los cócteles, el champán y el postre pueden servirse fuera, pero Marty insiste en que se cene dentro, donde la iluminación es mejor para la firma de cheques, donde las pinturas de género y los paisajes holandeses y flamencos evocan, si no a los huérfanos, sí al menos un ambiente de personas desfavorecidas: el campesino que lleva a rastras el anca de un animal a un sótano de piedra un día inclemente, los parroquianos de una taberna que arrojan cucharas a un gato o el Avercamp con sus campesinos de mejillas sonrojadas patinando por un canal helado.

Cuando Rachel llama a los comensales para que pasen al salón donde se sirve la cena, el cuarteto de cuerda deja las sonatas de

Rossini y acomete los conciertos y *adagios* de Bach. Como de costumbre, Rachel y Marty se sientan en mesas distintas para maximizar sus interacciones con los invitados, pero Marty advierte varias veces a lo largo de la cena que su mujer mira con expresión ausente la copa de vino. Clay Thomas cuenta, como cada año, sus anécdotas de cuando servía como enfermero en la Primera Guerra Mundial y jugaba al fútbol con los italianos en un barrizal. Por norma, Marty hace rotar a los invitados de su mesa, pero siempre se coloca diligentemente en el grupo de Clay Thomas. Mientras no lo nombren socio, hará ver cada año que escucha esas batallitas por primera vez.

Después de la cena y la subasta, los comensales van saliendo a la terraza. Se ha instalado una mesa larga con copas de champán, hileras de profiteroles, tartaletas de *crème brûlée* y bombones belgas. Como en años anteriores, Rachel deja que Marty se ocupe de los invitados más importantes. A ella le es imposible entrar en las bromas de los hombres o la charla de las esposas de los socios, que envían a sus hijos a los mismos colegios y universidades, así que se contenta con acercarse a los asistentes periféricos. La hermana de alguna personalidad importante de la alta sociedad o la prima de fuera de la ciudad de algún miembro de la junta de administración de una organización benéfica: esas son las personas con las que se siente más a gusto, las que no le preguntan si nunca ha deseado fundar una familia. Marty la acusa de esconderse en su propia casa, de mantener conversaciones tensas e incómodas con absolutos desconocidos. Le dice que los socios la consideran altiva en lugar de tímida y frágil. Desde el ángulo de la terraza, en los últimos compases de una conversación sobre el chucho que los científicos rusos encontraron en una calle de Moscú, Rachel ve el recargado reloj de pared del gran salón y cae en la cuenta de que el servicio de alquiler de *beatniks* llegará en menos de media hora. Observa a la gente para hacerse una idea de cómo se desenvolverá la *troupe*

entre ellos. No sabe si pretende conferir cierta ligereza a la velada o boicotear el acto. Si ha malinterpretado la situación, recibirá a los bohemios en el vestíbulo, les pagará sus honorarios y los enviará de vuelta a la noche.

La temperatura ha bajado cinco grados, y muchos de los invitados han pedido sus abrigos. Antes, durante los cócteles, Marty ha encendido el fuego en la chimenea de ladrillo exterior, y ella los ha observado mientras Clay y los otros socios, con las copas en la mano, ofrecían consejo por turno. En un momento dado, Clay se ha puesto unos guantes de amianto y ha empuñado un atizador de forja para recolocar los troncos en el centro, explicando a los hombres de menor edad que hacían falta más llamas azules y aire en la base. Ahora, un grupo de ellos se congrega junto al fuego realimentado, abogados con puros y metáforas laxas hablando de filosofía, decadencia urbana y minutas de clientes. A través de las puertas de cristal, Rachel observa a los camareros llevar los platos de la cena a la mesa de recogida instalada en el pasillo del fondo, el antiguo corredor del servicio que rodea las puertas de los dormitorios de la parte de atrás. Marty solía llamarlo el callejón de los orinales, y sostenía que recordaba a su abuela holandesa senil –una bebedora de ginebra empedernida– dejar allí el bacín para que lo recogieran los criados. Pero no había criados, solo un ama de llaves desbordada de trabajo que había clausurado el corredor años antes y que no encontraba los bacines hasta que el olor traspasaba las paredes. Ahora debe de haber allí una docena de camareros. Rachel tiene la impresión de que debería ir a comprobar cómo van las cosas, cerciorarse de que no hay cristalería rota o camareros empuinando el codo, pero entonces ve a Marty conversar con Hester. Más o menos le había concedido la noche libre a Hester, una vez colocadas las flores, porque ya no es joven, así que se pregunta si Marty ha sacado a la pobre de su habitación.

Hester se va de la terraza en dirección a la biblioteca y luego regresa empujando un carrito metálico cubierto por una

sábana; del carrito cuelga una maraña de alargadores que arrastra por el suelo. En ese momento, Marty tiene en brazos a *Carraway* y parece estar a punto de pronunciar unas palabras ante los invitados. Unas cuantas copas de vino y pasa a ser la viva imagen de su padre, dispuesto a soltar discursos a la menor provocación, aunque los discursos le salen mal, carecen de armonía y son sensibleros. Ya en otras ocasiones se le han saltado las lágrimas por motivos menos dignos de llanto que los huérfanos, y Rachel se teme lo peor cuando los invitados empiezan a reunirse alrededor. En el rincón de la terraza, un *adagio* de Bach se apaga poco a poco hasta interrumpirse del todo.

Marty fija la mirada por un momento en los rostros iluminados por el fuego y tensa el labio inferior.

—En fin, he pensado en pronunciar unas breves palabras... Gracias a todos por venir y apoyar tan noble causa. Como siempre, esta noche hemos recaudado una buena suma.

Sujetando un puro con la mano libre, da unas palmadas a los cuartos traseros de *Carraway* mientras lo sostiene en la sangría del brazo.

—Como todos sabéis, esta semana se ha lanzado el primer ser vivo a la órbita espacial en un viaje solo de ida...

Rachel alcanza una copa de champán de una bandeja que pasa a su lado. Piensa: ¿De verdad va a saltar del tema de la órbita espacial al de los huérfanos?

—Según me han contado, cuando la perra coma su última ración de alimento dentro de unos días, esa comida estará aliñada con veneno, o se soltará un gas para practicar la eutanasia. Por lo visto, así es como los rusos tratan a sus exploradores caninos del espacio...

Un temblor asoma en su voz a medida que la baja gradualmente. Algunos de los socios, con la mirada puesta en las ascuas de la chimenea, beben de sus copas a sorbos. Rachel se pregunta si desvían la vista por bochorno o en un acto de reflexión patriótica.

–El caso es que no puedo evitar pensar en nuestro pequeño beagle, *Carraway*, y me he dicho que podríamos hacerlo participar de este hecho histórico.

Llegado este momento, Hester ha traído ya una silla de la cocina y Marty coloca al perro con delicadeza en posición de sentado. Destapa el carrito y muestra su equipo de radioaficionado, que suele estar en la biblioteca, junto con los auriculares y un micrófono cromado.

–Resulta que el *Sputnik 2* emite la misma señal que el *1*; es decir, que si encuentro la frecuencia correcta, tendríamos que poder oír al chuchito ruso en órbita por encima de nosotros. Según algunos de mis colegas radioaficionados de Chicago, la señal debería estar a nuestro alcance más o menos en estos momentos...

Marty consulta su reloj y acerca la silla de *Carraway* al micrófono.

–Voy a dejar que *Carraway* escuche a su competidora, porque no le vendría mal una pequeña llamada de atención. Para qué negarlo, en diciembre a duras penas consigo que pasee por el parque.

Eso suscita unas risitas.

Rachel observa a los invitados. Las mujeres sonrían cuando *Carraway* acaricia con el hocico la redcilla metálica del micrófono. Los hombres, no tan entusiasmados, intercambian comentarios por la comisura de los labios. Marty enciende el aparato, acciona los botones y hace girar un enorme dial situado en el centro. Se oyen unas interferencias, luego palabras sueltas de un noticiario canadiense y una ráfaga de polca, hasta que finalmente captan la señal: un pitido subacuático. El sonido metálico casi hace daño en los oídos, un tintineo lunar rebosante de tranquila amenaza soviética.

–¿Lo oís? –pregunta Marty–. Son ellos.

A esas alturas, los invitados ya se han aproximado, y Rachel ve a los hombres absortos con los puros inertes a un costado. Durante un minuto largo escuchan la señal. Marty conecta los

auriculares, se los pone a *Carraway* en las orejas y baja el volumen. El beagle da un respingo y ladra. Marty dice a sus invitados que el micrófono está apagado, que no está autorizado a dejar que el perro emita ruidos en su indicativo, que si lo hiciera, lo expulsarían de la fraternidad de radioaficionados, pero enseguida los invitados animan a *Carraway* a que la emprenda con la perra rusa. «¡Diles que vamos a por ellos!», exclama uno de los socios. Marty finge encender el micrófono y, en medio de ese revuelo, el perro empieza a ladrar y gañir. Finalmente, Marty le da a *Carraway* una gamba pelada de una mesa cercana y lo deja marcharse adentro. Todo el mundo aplaude y ovaciona al pequeño patriota. Marty brinda por la exploración del espacio y la estrella ascendente de Estados Unidos. Rachel se vuelve y, por encima del borde de la copa, ve a los *beatniks* de alquiler salir a la terraza por las puertas balconeras, seguidos por Hester, exasperada. Se imagina el desconcierto de Hart Hanover en la portería del edificio, la llamada por el interfono que Hester ha interceptado, y ahora ve aproximarse a los *beatniks*: la respuesta de Estados Unidos a las aspiraciones cósmicas de los rusos. Libertad con barba, sin sujetador, sin zapatos. Son seis: tres hombres y tres mujeres. Uno de los hombres —un poeta marxista o un filósofo vegetariano— parece indignarse sinceramente ante lo que ve en la azotea.

Los *beatniks* abordan al grupo: conversaciones sobre exposiciones de arte en centrales eléctricas abandonadas o sobre cenas a base de tortitas en desvanes sin agua caliente de Thompson Street. Al principio mantienen una actitud bastante afable, e incluso Marty debe admitir que ha sido una idea ingeniosa. Las mujeres, con sandalias, beben vino tinto y ejecutan exóticas danzas ante la chimenea. Una de ellas enseña a la esposa de un socio a bailar el fandango, y el cuarteto vuelve a salir a la terraza para improvisar. Los hombres, barbudos con chaquetas de pana y tabardos, entablan conversaciones con los residentes

de la zona alta y muestran un interés antropológico en los rituales de estos norteños pudientes y misteriosos. Los adulan y adoptan una actitud deferente, ríen los nerviosos chistes de un dentista. Una mujer con pendientes en forma de dragón y un director de banca de inversión intercambian tarjetas de visita, solo que la de ella lleva repujada en el anverso la palabra «Aflicción». Durante un cuarto de hora, nadie puede reponerse de este hábil truco, y Marty se acerca a Rachel por detrás para decirle que ha encontrado una magnífica manera de animar la velada. Pero de pronto Marty ve que uno de los hombres –con una boina roja y una casaca excedente del ejército– ha tomado como rehenes a un grupo de invitados en su salita. Desde la terraza ve al hombre subido a una silla antigua a la vez que sostiene en alto el frutero de los De Groot ante su público vagamente aterrorizado. Marty se encamina hacia el interior del salón cuando de repente «Aflicción» se acerca a él con un plato a rebosar de gambas. Marty se pregunta por qué los camareros no han retirado a estas alturas los aperitivos. ¿Acaso estos bohemios van a intoxicarse en su azotea?

–En realidad me llamo Honey –se presenta–, y me propongo comer el equivalente a mi peso corporal en crustáceos. Tú debes de ser el anfitrión. Encantada de conocerte, anfitrión. –Borracha y descalza, viste una falda con vuelo que parece hecha de viejas telas de retazos *amish*. Marty le ofrece una parca sonrisa e intenta asimilar lo que acontece dentro de su casa.

–¿Qué demonios hace tu amigo subido a una silla? –le pregunta Marty.

–¿Benji? Ah, lleva un buen colocón de bencedrina. Como no te andes con ojo, acabará cargándose el frutero.

Marty se nota cada vez más tenso a medida que avanza hacia el alboroto. En el momento en que cruza la puerta balconera y gira a la derecha, se oye música española salpicada de risotadas y olés.

–Fíjense en esta pera bartlett, damas y zánganos. Suculenta y rebosante de sensualidad, malviviendo al lado de una manzana

red delicious..., espera a que se cumpla su máximo destino. –El hombre alcanza la pera del frutero, se la lleva a la boca y la muerde con tal fuerza que salpica en todas direcciones.

–Disculpe, me parece que ya hemos tenido suficiente –dice Marty.

El hombre lo mira desde lo alto de la silla con una actitud imperiosa y con la barba manchada de trozos de pulpa de pera. Marty no sabe nada de anfetaminas, pero distingue a un loco de atar en cuanto lo ve: ese hombre tiene las pupilas tan grandes y brillantes como centavos.

–¿Este es el jefe retrógrado? –pregunta a su público.

–Me parece que debería llamar a la policía –dice Marty. Percibe que otros invitados entran desde la terraza y se distribuyen en silencio a sus espaldas para observar.

El hombre, incrédulo, cabecea.

–Estás pagando por esto, jefe. Creías que los feriantes no haríamos más que venir y bebernos tu champán, leer un poco de poesía sobre viajes en autoestop y acampadas en el bosque, y que después nos iríamos discretamente. Un supuesto erróneo, *amigo*. Una lógica defectuosa, *compadre*. Ahora somos invitados en este museo de la buena sociedad y no nos atenemos a un guión... Tu lado oscuro y tus demonios te han perseguido durante toda tu lamentable vida, hermano. Ahora están aquí. Encantado de conocerte.

Honey, de pie junto a Marty, como si se dirigiera a un caballo nervioso, le dice al hombre enloquecido:

–Tranquilo.

–Les hemos pagado el taxi de vuelta a casa –dice Rachel desde algún lugar entre los presentes–. Los meteremos a todos en un taxi con unas cuantas sobras del *catering*.

Ante esta muestra de condescendencia, el hombre subido a la silla se ladea y gesticula como un evangelista callejero preparándose para el apocalipsis.

–Vaya, eso sí que tiene gracia. No queremos tu puta comida envuelta en papel de aluminio, Lady Macbeth. No estamos aquí

por la comida ni por el vino; estamos aquí porque América, con K, está a punto de chuparle el falo al tío Ruso y queremos que todos vosotros veáis de cerca cómo es una polla comunista, una polla rojilla...

En ese momento, Clay Thomas se abre paso a empujones entre la gente. Más tarde, Marty pensará que no parece más enfadado que un hombre que ha despertado bruscamente de una siesta. Parece molesto, pero no se adivina el menor asomo de violencia en su actitud. De camino, se quita el esmoquin, se desbrocha los puños de la camisa y se remanga, como si se dispusiera a lavar los platos. Pero, como corresponde a un antiguo peso wélter de Princeton, Clay es un hombre de movimientos ágiles y marciales. Marty está a punto de preguntarle si deben avisar a la policía cuando se descubre sosteniendo el esmoquin de su jefe. Sin mirar al hombre, Clay se sitúa detrás de la silla y tira de las patas de esta desde atrás, por lo que el beatnik se ve obligado a saltar y cae de cuclillas en el suelo. Al mismo tiempo suelta el frutero, y las manzanas y las peras se desparraman por debajo de los muebles.

–Pero ¡qué coño, viejo!

Clay le da un fuerte empujón en el pecho.

–Ya es hora de que os marchéis todos.

El hombre de la boina se mantiene firme por un momento, sus ojos están velados y las manos flácidas. Tan posible parece que estampe un jarrón antiguo en la cabeza a Clay como que salga corriendo de la casa en un estado de terror narcotizado. Honey y los demás *beatniks* se congregan en el pasillo y llaman a su colega con voces quejumbrosas.

–La policía está de camino –avisa Rachel.

El hombre se detiene a pensárselo, lo rumia en medio de una nebulosa mental. Finalmente se echa atrás sobre los talones y cede; después sigue a sus amigos por el pasillo. Clay va detrás de ellos cuando enfilan hacia la escalera. Marty llama a Hart Hanover por el interfono y le pide que se asegure de que los intrusos abandonan el edificio cuando lleguen a la portería.

Después de cerciorarse de que entran en el ascensor privado en la duodécima planta, Clay reaparece en lo alto de la escalera y recibe una entusiasta salva de aplausos. Marty también aplaude, pero se siente humillado y abochornado. Acaba de presenciar cómo su jefe de sesenta años echaba a los *beatniks* igual que si fueran una pandilla de adolescentes díscolos alborotando en el cine. Para colmo, Rachel ha pagado por esta humillación, llamó y la encargó como si de un servicio de habitaciones se tratara.

Clay, junto a Marty, vuelve a abrocharse los puños. Recupera el esmoquin, se lo pone y dice:

–Invitáis a los leones a una cena, y a veces muerden.

Marty sabe que lo elegante es dar las gracias a Clay por resolver la situación, pero es incapaz. Observa a los Thomas alejarse por el pasillo. Otros invitados empiezan a despedirse y marcharse detrás de ellos. No se ve a Rachel por ninguna parte, y es Hester quien, desazonada, atiende a los invitados en el guardarropa, eludiendo sus miradas. Cuando ya se ha ido el último, Marty se queda inmóvil por un momento de espaldas a la puerta del ascensor. Hester da las buenas noches, y Marty sube por la escalera y busca a tientas en la oscuridad el camino hacia su dormitorio. Solo cuando ya se ha desvestido y está desnudo, a la luz que entra desde el baño contiguo, piensa que el día ha sido una broma cruel. Rachel, vuelta hacia la pared, finge dormir. Él todavía se reconcome de bochorno, lo siente palpitar en los nudillos y los dientes. Alza la mirada y contempla la pintura, con la esperanza de que lo arrulle con su gélida quietud. La niña, atrapada entre el bosque y el río helado, es muy frágil. Los patinadores tienen los rostros y las manos sonrojados por el frío. Marty mira la perra que trota por el hielo, en pos del joven, y se acuerda del chuchó ruso que gira por el espacio. Tardará años en descubrir que la perra murió poco después de salir de la atmósfera, que no resistió la elevada presión y las temperaturas. En el futuro evocará a la exploradora del espacio muerta y la falsificación que cuelga ante sus ojos y se verá a sí mismo como

una persona de una ingenuidad inverosímil. Sin embargo, en ese momento advierte que el marco del cuadro está ligeramente torcido, inclinado unos cinco centímetros en su ángulo derecho. Lo endereza antes de apagar la luz del baño y meterse en la cama.